

# Firmes

Claves para la permanencia en la fe

John Piper | Justin Taylor

EDITORES GENERALES



EDITORIAL  
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Stand* © 2008 por Desiring God y publicado por Crossway Books, una división de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187  
Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Firmes: Claves para la permanencia en la fe* © 2020 por Desiring God y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados. Publicado previamente bajo el título: *Cómo perseverar hasta el final*.

Traducción: Beatriz Fernández

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos son énfasis de los autores.

EDITORIAL PORTAVOZ  
P.O. Box 2607  
Grand Rapids, Michigan 49501 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-5960-5

1 2 3 4 5 / 24 23 22 21 20  
*Impreso en los Estados Unidos de América*  
*Printed in the United States of America*

A

John MacArthur

*cuya vida y ministerio perseveran  
en la Palabra de Dios*



# Contenido

Colaboradores	7
Introducción	11
<b>Justin Taylor</b>	
1 Cuatro elementos esenciales para terminar bien	16
<b>Jerry Bridges</b>	
2 Envejecer para gloria de Dios	37
<b>John Piper</b>	
3 Certezas que conducen a un ministerio duradero	50
<b>John MacArthur</b>	
4 Decisiones diarias acumulativas, valor ante una causa y una vida de perseverancia	73
<b>Randy Alcorn</b>	
5 Una cosa	99
<b>Helen Roseveare</b>	
Una entrevista con Randy Alcorn, Jerry Bridges, John Piper y Helen Roseveare	118
<b>Justin Taylor</b>	
Una entrevista con John Piper y John MacArthur	132
<b>Justin Taylor</b>	
Notas	149
Desiring God: Una nota sobre los recursos	153



## Colaboradores

**Randy Alcorn** es el fundador y director de Eternal Perspective Ministries (EPM). Antes de fundar EPM en 1990, sirvió como pastor durante catorce años. Ha dado charlas por todo el mundo y enseñado en las universidades adjuntas de Multnomah Bible College y Western Seminary en Portland, Oregón. Randy es un autor de éxito con veintisiete libros, entre ellos las novelas *A salvo en casa* y *Deception* [Decepción]. Algunas de sus catorce obras, no de ficción, son: *Money, Possessions, and Eternity* [Dinero, posesiones y eternidad]; *El principio del tesoro*; *El principio de la pureza*; *Entre la gracia y la verdad*; *¿Por qué en favor de la vida?* y *El cielo*. Randy ha escrito para muchas revistas y produce la popular publicación periódica *Eternal Perspectives* [Perspectivas eternas]. Padre de dos hijas ya casadas, Randy vive en Gresham, Oregón, con su esposa y mejor amiga, Nanci.

**Jerry Bridges** es un conocido escritor cristiano y conferencista, cuyo libro más famoso, *En pos de la santidad*, ha vendido más de un millón de copias. De sus nueve libros publicados, ha vendido más de dos millones y medio de copias y han sido traducidos y editados en dieciséis idiomas. Además de su ministerio como escritor, Jerry sirve como profesor invitado en varios seminarios y da conferencias por todo el mundo. Ha formado parte del personal de The Navigators [Los navegantes] desde 1955 y, en la actualidad, trabaja como personal de apoyo para The Navigators University Students Ministry en EE. UU. Jerry se graduó como Doctor Honorario de Divinidad en Westminster Theological Seminary. Él y su esposa, Jane, tienen dos hijos ya casados y seis nietos, y viven en Colorado Springs.

**John MacArthur**, popular autor y conferencista, ha servido como pastor-maestro en la Grace Community Church en Sun Valley, California, desde 1969. John es un pastor de quinta generación, y su ministerio en el púlpito se ha extendido por todo el mundo a través de su ministerio, Grace to You [Gracia a vosotros], y sus oficinas principales en Australia, el Canadá, Europa, la India, Nueva Zelanda, Singapur y Sudáfrica. Además de producir diariamente programas de radio en inglés y español para casi dos mil cadenas en todo el mundo, Grace to You distribuye libros, software, cintas y CD. En treinta y seis años de ministerio, Grace to You ha distribuido más de trece millones de CD y cintas. John es el presidente de The Master's College y The Master's Seminary, y ha escrito cientos de libros y guías de estudio. Entre sus títulos más famosos, se encuentran *El evangelio según Jesucristo*; *Avergonzados del evangelio*; *Doce hombres comunes y corrientes*; y *La Biblia de estudio MacArthur*, que recibió en 1998 el premio ECPA Gold Medallion. John y su esposa, Patricia, tienen cuatro hijos mayores y catorce nietos.

**John Piper** es pastor de predicación y visión en la Iglesia Bautista Bethlehem en Minneapolis. Creció en Greenville, Carolina del Sur, y estudió en Wheaton College, donde sintió por primera vez el llamado para entrar en el ministerio. Se graduó en el Seminario Teológico Fuller (Bachiller en Divinidad) y en la Universidad de Munich (Doctor en Teología). Durante seis años, enseñó Estudios bíblicos en Bethel College en Saint Paul, Minnesota, y en 1980 aceptó el llamado para servir como pastor de la Iglesia Bautista Bethlehem. Ha escrito, entre otros libros, *Sed de Dios*; *No desperdicie su vida*; *Dios es el evangelio*; *Batallando con la incredulidad* y *Lo que Jesús exige al mundo*. Está casado con Noël y tiene cuatro hijos, una hija y ocho nietos.

**Helen Roseveare** nació en Inglaterra en 1925. Mientras estudiaba Medicina en la Universidad de Cambridge en 1945, nació de nuevo y se unió a la sociedad misionera WEC International en 1950. Luego partió para el Congo belga en 1953. Helen sirvió primero bajo el gobierno colonial belga, después durante el período de transición a la independencia, más tarde en la etapa de la guerra civil en 1965 y, finalmente, cuando se transformó en el Zaire (renombrada como República Democrática del Congo). Durante los siguientes veinte años, Helen sirvió estableciendo un hospital



rural, varias clínicas rurales y una escuela de formación para trabajadores paramédicos nacionales. También se involucró en la creación de un gran hospital de internaciones intermisionero y en un instituto para entrenamiento de enfermeras y parteras. Desde 1973 ha servido en WEC International como trabajadora delegada, hablando a jóvenes, a estudiantes universitarios y a grupos de iglesias de todo el mundo de habla inglesa, retándoles a considerar el llamado de Dios para sus vidas como un trabajo a tiempo completo. También ha escrito varios libros para su misión, subrayando los principios de la vida cristiana y del trabajo misionero.

**Justin Taylor** es el director de proyectos y editor supervisor de ESV Study Bible (2008), y editor asociado de Crossway Books. Junto con Kelly Kapic, ha realizado nuevas ediciones de dos obras clásicas de John Owen: *Overcoming Sin y Temptation* [Superar el pecado y la tentación] y *Communion with the Triune God* [Comunión con el Dios trino]. Y con John Piper ha editado algunos libros de las conferencias Deseando a Dios: *A God-Entranced Vision of All Things* [Una visión divina de todas las cosas]; *Sex and the Supremacy of Christ* [El sexo y la supremacía de Cristo]; *El sufrimiento y la soberanía de Dios y La supremacía de Cristo en un mundo postmoderno*. Tiene un blog diario, *Between Two Worlds* [Entre dos mundos] (<http://theologica.blogspot.com>). Él y su esposa, Lea, tienen tres hijos.



# Introducción

Justin Taylor

**J**ohn Piper recientemente relató la fe inquebrantable de su padre, incluso en sus últimos años:

Aun en sus últimos años de demencia senil, él se regocijaba. El último mes en que fue capaz de escribir en su diario (abril de 2004), escribió: “Pronto cumpliré ochenta y seis, pero me siento fuerte, y mi salud es buena. Dios ha sido muy generoso conmigo, y no merezco su gracia y paciencia sin igual. *Cuanto más viejo me hago, más valoro al Señor*”.<sup>1</sup>

Lee una vez más la línea final, despacio. ¡Qué frase tan impresionante!; a pesar de su demencia senil, él valoraba cada vez más la presencia de Cristo. Uno de los propósitos del libro que tienes entre tus manos es animarte y formarte para que puedas escribir con sinceridad una frase de ese tipo —y creer en ella— en la etapa final de tu vida.

## **¿Qué significa perseverancia y constancia?**

Una de las mejores definiciones bíblicas sobre el camino de la perseverancia y la constancia la proporciona la frase del apóstol Pablo: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús” (Fil. 3:12). Empezando por el final, podemos señalar tres verdades que nos enseña aquí: en primer lugar, el fundamento de la perseverancia de Pablo (y de la nuestra) es haber sido asidos por Cristo. Jesús nos dice lo que les dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros...” (Jn. 15:16). Cristo es quien inicia esta relación. Segundo, todavía

no hemos llegado. No hay una llegada final previa —cualitativa o temporal— a ese estar frente a frente ante Dios mismo. Estamos en camino, todavía en medio de la lucha, todavía corriendo en la carrera. Dios comenzó en nosotros “la buena obra”, pero no “la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6). Finalmente, a pesar de que es una obra de Dios, se realiza *a través de* nuestro trabajo, no *en lugar de* nuestro trabajo. Pablo dice que debemos “proseguir” para poder asir aquello para lo cual fuimos asidos por Cristo.

Partiendo de esta enseñanza, el teólogo John Murray nos propuso una definición para tomar en cuenta todo el testimonio bíblico sobre este tema: “La perseverancia es el compromiso de nuestra persona en la devoción más intensa y concentrada hacia aquellos medios que Dios ha ordenado para la consecución de su propósito salvador”.<sup>2</sup> Observemos una serie de cosas: primero, la perseverancia implica no solo una parte de nosotros (la mente, el cuerpo o el espíritu), sino todo nuestro ser, toda nuestra persona. Segundo, implica la “devoción más intensa y concentrada”. Nadie debería quedarse a la deriva camino hacia la meta. Implica un esfuerzo serio (;de ahí que Pablo lo compare con una lucha y una carrera!). Tercero, la devoción intensa y de toda la persona solo será tan buena como lo sea su objetivo. Por eso, Murray deja claro que la devoción debe ser hacia “aquellos medios que Dios ha ordenado para la consecución de su propósito salvador”. Los cristianos perseverarán por la gracia de Dios utilizando los medios de Dios (“especialmente la Palabra, los sacramentos y la oración”)<sup>3</sup> para extender la gloria de Dios.

### **Perspectiva general de los colaboradores**

De acuerdo con Filipenses 3:12, ninguno de los colaboradores de este libro afirmará haber obtenido ya una santificación completa; pero todos ellos prosiguen para asir aquello para lo cual fueron asidos por Jesucristo.

Observarás que cada uno de los colaboradores tiene décadas de experiencia en caminar con Jesús. Helen Roseveare nació en 1925; Jerry Bridges, en 1928; John MacArthur, en 1939; John Piper, en 1946. Randy Alcorn es el más joven del grupo, nació en 1954. Como alguien que es algunos años más joven que estos santos sabios, creo que sería un gran error pensar que este es un libro

solo para gente mayor. Todos los cristianos, sin importar la edad, queremos seguir siéndolo hasta el final. Y no queremos conseguirlo casi por los pelos, sino despojándonos "...de todo peso y del pecado que nos asedia..." y corriendo "...con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe..." (He. 12:1-2). Una de las mejores maneras de hacer esto es sentarse a los pies de aquellos que por años corrieron con Jesús.

### **Perspectiva general de los capítulos**

*Jerry Bridges* dice que hay cuatro fundamentos, cuatro acciones principales que nos permitirán luchar la buena batalla y ganarla: (1) pasar diariamente un tiempo de comunión personal con Dios, (2) apropiarse a diario del evangelio; (3) comprometerse a ser un sacrificio vivo para Dios cada día; (4) creer con firmeza en la soberanía y el amor de Dios. Bridges nos recuerda que nuestro objetivo es no solo perseverar, sino también resistir; no solo permanecer firmes, sino avanzar hasta la meta final y la presencia de Dios en gloria.

*John Piper* trata la cuestión de cómo envejecer para la gloria de Dios. La clave, dice, es envejecer de una manera que haga que Dios (y no el mundo) parezca glorioso y satisfactorio en todos los aspectos. Pero un importante obstáculo para este objetivo es el temor a no guardar a Cristo como un tesoro. Hay dos estrategias comunes para vencer este temor: (1) creer que la perseverancia en la fe y en el amor no son esenciales para la salvación final, y (2) creer que la necesidad de perseverar depende de nosotros mismos. Piper explica por qué ambos puntos de vista están completamente equivocados: la perseverancia es necesaria para la salvación final, y la perseverancia está asegurada para los que están en Cristo. El antídoto bíblico para vencer el temor de no perseverar es ver la lucha de la fe como una lucha por deleitarnos en Cristo como nuestro tesoro más preciado.

*John MacArthur* ha estado en el ministerio pastoral en una sola iglesia el tiempo suficiente para presenciar todo tipo de ataques que uno pueda imaginarse: a su persona, a su vida, a su ministerio. Por este motivo, para aprender a sobrevivir, MacArthur ha estudiado toda la vida de Pablo. Haciendo un cuidadoso examen de 2 Corintios, MacArthur nos muestra lo que el apóstol aceptó y adoptó:

- La superioridad del nuevo pacto
- La realidad de que el ministerio es una bendición
- La necesidad de un corazón puro
- El deber de utilizar con precisión la Palabra de Dios
- La verdad de que los resultados de su ministerio no dependían de él
- La realidad de su propia insignificancia
- Los beneficios del sufrimiento
- La necesidad de una convicción plena
- La eternidad como prioridad

*Randy Alcorn*, a petición nuestra, relata la perseverancia de su propia familia ante un problema. También explica algunas cosas que ha aprendido por perseverar en una causa, esto es, que deberíamos estar motivados por Jesús, no por la ira; que la constancia en una causa puede desarrollar el carácter, la fe y la perspectiva en los niños; y que los seguidores de Jesús deberían esperar sufrir injusticia o tergiversación. Con respecto a la constancia en general, Alcorn observa que uno se convierte en el producto de las elecciones diarias que realiza; aquello en lo que elige deleitarse o sobre lo que decide meditar diariamente. Alcorn termina relatando la conmovedora historia del hermano de Jim Elliot, al que casi nadie conoce.

*Helen Roseveare* ha vivido una vida fascinante de perseverancia en Cristo. En su capítulo personal y bíblico, menciona el pasado, el presente y el futuro testimonio de su vida cristiana, organizada en torno al tema de “una cosa”. Primero, *una cosa sé*; a partir de la frase del hombre que encontró a Jesús y se lo contó a las autoridades: “...Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Jn. 9:25). Segundo, *una cosa hago*; a partir de la frase de Pablo sobre la perseverancia: “...una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante” (Fil. 3:13). Tercero, *una cosa demando*; a partir de la oración del salmista: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (Sal. 27:4).

El libro termina con dos entrevistas realizadas durante la conferencia en la cual se originó este libro (28-29 de septiembre de 2007). La primera es con todos los colaboradores menos

MacArthur, y la segunda es con John Piper y John MacArthur. Las transcripciones están ligeramente editadas, pero mantienen la sensación de auténticas charlas. Esperamos que estas sesiones te ofrezcan un poco de perspectiva personal sobre estos hombres y mujeres que quieren perseverar y nos enseñan a hacer lo mismo.

### **Bendiciones para nuestros lectores**

¿Has notado alguna vez que muchas de las bendiciones en la Biblia tienen que ver con el cuidado de Dios y nuestra perseverancia? Con este fin, pedimos que lo siguiente pueda ser cierto para todos aquellos que lean este libro:

Jehová te bendiga, y te guarde (Nm. 6:24).

Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará (1 Ts. 5:23-24).

Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (He. 13:20-21).

Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén (Jud. 24-25).

Amén.

## Capítulo 1

# Cuatro elementos esenciales para terminar bien

Jerry Bridges

Cuando pensamos en la perseverancia de los santos, en resistir hasta el final y terminar bien, no existe mejor ejemplo en las Escrituras que el del apóstol Pablo. Mientras permanecía encadenado en la prisión de Roma, anticipando su inminente ejecución, escribió a Timoteo lo siguiente:

Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Ti. 4:6-8).

Pablo confiaba en resistir hasta el final y en terminar bien. Sin embargo, tristemente, tuvo que escribir unas cuantas frases sobre uno de sus colaboradores: "...Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica..." (2 Ti. 4:10).

Aquí tenemos a dos hombres que ministraron juntos —Pablo y Demas—, consejero y aconsejado. Uno resistió y terminó la carrera, y deseaba recibir la corona de justicia. El otro huyó, abandonó a su maestro y nunca más se oyó hablar de él. No sabemos qué le ocurrió finalmente a Demas. No sabemos si se arrepintió alguna vez o no, pero el pasaje termina con el hecho de que Demas



desamparó a Pablo, amando este mundo. En Filemón 24, Pablo menciona a Demas como su colaborador, junto con Marcos, Aristarco y Lucas. Demas era al parecer un joven prometedor con un futuro prometedor; no obstante, por lo que sabemos, no consiguió llegar al final.

Esto es algo para meditar bien, ya que muchos lectores de este libro son jóvenes, seguidores comprometidos de Jesucristo. Por la providencia de Dios, puede que tengas muchos años por delante y tal vez esperes terminar la carrera, mantenerte firme, resistir hasta el final. Pero hubo un tiempo en que Demas también pensaba así. Al principio no se unió al equipo de Pablo con la intención de abandonarlo más adelante, cuando las cosas se pusieran difíciles. No, sin duda esperaba mantenerse firme y terminar bien.

Ciertamente, debemos meditar esto muy bien, incluso los que somos mayores. Como dijo una vez el famoso jugador de béisbol Yogi Berra: “No termina hasta que termina”. Por lo tanto, no podemos suponer que por nuestra edad vamos a terminar bien. No se termina hasta el día de la muerte. Así que todos, jóvenes y viejos, tenemos que prestar atención a la advertencia que nos llega a través del ejemplo de Demas.

### **Cuatro elementos esenciales para terminar bien**

En estos últimos años, he pensado mucho en cómo terminar bien. Aunque se podrían decir muchas cosas, he llegado a la conclusión de que hay cuatro acciones fundamentales que podemos realizar para ayudarnos a terminar bien. Puede que haya otras cosas importantes, pero creo que estas cuatro son fundamentales.

- Pasar un tiempo diariamente en comunión personal con Dios.
- Apropiarse a diario del evangelio.
- Comprometerse a ser un sacrificio vivo para Dios cada día.
- Creer firmemente en la soberanía y el amor de Dios.

Estos cuatro elementos esenciales se ven desde nuestra perspectiva; esto es, son cosas que debemos hacer o creer. Pero por encima de todo, está la gracia de Dios. El mismo apóstol que dijo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”, también dijo en otro contexto: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy...” (1 Co. 15:10). Pablo atribuyó toda su perseverancia,

toda su fidelidad, a la gracia de Dios. Así que cuando pensamos en nuestra responsabilidad, debemos tener en mente que somos capaces de cumplir con ella solo mediante la gracia del Padre.

Sin embargo, la gracia de Dios a menudo se malinterpreta. Creo que una de las interpretaciones erróneas más comunes es: “Dios está aflojando un poco la cuerda. La gracia significa que Él me permita salir impune de algunas cosas”. Esto está muy lejos de la verdad. La gracia de Dios llega a nosotros por medio de Jesucristo gracias a su vida sin pecado y a que murió por nuestros pecados; sin embargo la gracia es algo más que la amabilidad de Dios y su benevolencia hacia nosotros. La gracia de Dios es dinámica. Es Dios en acción para nuestro bien. Cuando el apóstol Pablo dijo: “Por la gracia de Dios soy lo que soy”, estaba hablando de la capacitación del Espíritu Santo que Dios con su gracia nos proporciona a todos cuando tratamos de vivir para Él. Por lo tanto, cuando pensamos en nuestras responsabilidades, debemos tener en mente que podemos llevarlas a cabo solo mediante la gracia de Dios. En palabras de John Newton, en su popular himno “Sublime gracia”: “Su gracia siempre me libró y me guiará feliz”. Al final del día, cuando ya se ha dicho y hecho todo, atribuimos nuestra fe a la gracia de Dios. Por lo tanto, cuando consideremos estos cuatro elementos esenciales, tengamos en cuenta que los practicamos solo por su gracia. Vamos a observarlos uno a uno.

### **Pasar un tiempo diariamente en comunión personal con Dios**

El primer elemento esencial es pasar un tiempo diario en comunión personal con Dios. Muchos lectores están familiarizados con el clásico *La práctica de la presencia de Dios*, y este es un hábitat excelente para cultivarlo. Pero el fundamento de esto tiene que ser un tiempo de comunión personal con Dios, y tiene que hacerse diariamente. Demas no se levantó un día y realizó un giro de ciento ochenta grados en su vida. Esto no sucede así. Demas se deslizó poco a poco hacia las atracciones del mundo. Y si tú y yo no practicamos diariamente esta comunión con Dios, también acabaremos dejándonos llevar por la corriente en la dirección equivocada.

En mis días en la Marina, antes de que tuviéramos satélites de posición globales, utilizábamos un sextante para controlar nuestro lugar de navegación dos veces al día. Al alba y al ocaso,

estudiábamos las estrellas para conocer la posición e, invariablemente, tras hacerlo, teníamos que corregir un poco el rumbo. Era obvio que si no hacíamos eso, no solo una vez sino, como en nuestro caso, dos veces al día, en seguida nos alejaríamos de nuestro camino.

Tú y yo también necesitamos a diario esa corrección del rumbo, y la realizamos cuando tenemos ese tiempo de comunión personal con Dios. Todos nosotros, seamos o no creyentes, estamos enamorados de algo. Demas estaba enamorado del mundo. El apóstol Juan dijo: “No améis al mundo...” (1 Jn. 2:15). Pero no podemos sencillamente “no amar al mundo” y sentir un vacío en nuestros corazones. Para no amar al mundo, tenemos que amar a Dios. Y nuestro tiempo diario de comunión con Él es un tiempo en el que el amor a Dios y su amor por nosotros se vivifica en nuestros corazones.

Reflexiona en las palabras del salmista. En el Salmo 63:1 dice: “Oh Dios, tú eres mi Dios; yo te busco intensamente. Mi alma tiene sed de ti; todo mi ser te anhela, cual tierra seca, extenuada y sedienta” (NVI). Nota la intensidad de esas palabras: *yo te busco intensamente. Mi alma tiene sed de ti.* Esto es mucho más que la mera lectura diaria de la Biblia y cumplir con unas cuantas peticiones de oración, con nuestro “tiempo de recogimiento” o con nuestras “devociones matinales”, o algo por el estilo. No estoy diciendo que no se deban hacer estas cosas, pero ten en cuenta que el propósito de ese tiempo de recogimiento no es solo leer la Biblia y cumplir con varias peticiones de oración. Más bien debería ser un tiempo de comunión con Dios. Es obvio que necesitamos un plan. No se trata de abrir la Biblia al azar y señalar con el dedo un pasaje de las Escrituras diciendo que este es mi pasaje para hoy. Pero, la comunión con Dios es mucho más que un plan. La comunión con Dios es un encuentro con Él. Es pedirle que nos hable. Es hablar con Él cuando estamos leyendo su Palabra, cuando oramos con su Palabra, cuando oramos sobre lo que Dios nos dice en su Palabra.

El Salmo 42:1-2 dice algo similar: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?”

También David en el Salmo 27:4 dijo: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos

los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo”. La hermosura del Señor no es física. Es la hermosura de sus atributos. Es la hermosura de la cruz. Es la hermosura de lo que se ha hecho por nosotros en Cristo. Y el salmista dijo que quería contemplar la hermosura del Señor; que quería tener comunión con Dios. De eso trata el tiempo en comunión con Dios. Todos estos pasajes de las Escrituras hablan de un deseo intenso de tener esa comunión personal con el Señor.

Claro que es útil tener un plan, pero el plan debe ir dirigido a Dios mismo. ¿Pasamos un tiempo con Dios o nos limitamos a leer un capítulo de la Biblia? Pasar un tiempo con Él, desde luego, implica leer un capítulo, o tres versículos, o tres capítulos o lo que sea. Pero el objetivo de eso debe ser reunirse con Dios, dejar que nos hable y responderle. Cuando abro la Biblia cada día, pregunto: “Señor, ¿puedo pasar un tiempo contigo? ¿Me hablarás a través de tu Palabra? ¿Me animarás? ¿Me enseñarás? ¿Me reprenderás si es necesario? Sea lo que sea que creas que necesito hoy, Señor, vengo a pasar un tiempo contigo”. Después empiezo a leer el pasaje y respondo a Dios sobre lo que estoy leyendo. Y oro de nuevo todo lo que considero apropiado en ese pasaje.

Si lees los Salmos, te darás cuenta de que en la mayoría de ellos el salmista está hablando con Dios o hablando de Dios. Pero normalmente está hablando con Él. A veces se regocija y otras se lamenta. Dice, por ejemplo: “¿Por qué escondes tu rostro? (cp. Sal. 88:4). Está relacionándose con Dios. Eso es lo que queremos hacer. Y cuando buscamos diariamente tener esa comunión personal con Dios, Él nos da las coordenadas de navegación, por así decirlo, y nos muestra las correcciones que tenemos que hacer en nuestras vidas para no perder el rumbo. Y para que tú y yo perseveremos hasta el final, debemos practicar —tener por costumbre, si lo prefieres— mantener una comunión con Dios a diario.

En 1988 mi primera esposa se estaba muriendo de cáncer tras padecer por mucho tiempo. Una mañana cuando estaba tratando de enfrentarme a la realidad de su muerte, vino a mi mente el Salmo 116:15: “Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos”. A la vez me di cuenta de que Dios mismo tenía interés en lo que le estaba sucediendo a mi esposa. Para mí podía ser la pérdida de mi amada, pero para Dios sería el regreso de uno de sus hijos.

Pensé en cuando nuestro hijo de quince años iba a regresar a casa después de haber pasado once semanas en un programa misionero de verano. ¡Cuánto deseábamos que volviera! Me di cuenta, por increíble que parezca, que Dios espera ansiosamente el regreso de sus hijos. Después me vino a la mente una parte del Salmo 16:11: “...En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre”. Mientras oraba estas Escrituras, me di cuenta de que muy pronto Eleanor experimentaría el increíble gozo de estar realmente ante la presencia de Dios.

Cuando seguí orando, dije algo como: “Padre, tú conseguirás que uno de tus hijos regrese a casa, y Eleanor conseguirá estar en tu presencia para siempre, pero ¿qué conseguiré yo?”. Rápidamente vinieron a mi mente palabras de 1 Tesalonicenses 4:13: “...no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza”.

Con la seguridad recibida de Dios y su Palabra, fui capaz de dejarla atrás emocionalmente. Dos semanas después, ella murió. Luego de su muerte, yo sufrí, pero no como alguien que no tiene esperanza. Me sentía reconfortado por la seguridad de que Dios había recibido con gozo a uno de sus hijos, y ella estaba disfrutando de su presencia para siempre.

Nunca experimenté las distintas etapas del duelo por las que pasan muchos tras la muerte de un ser querido. Nunca me enojé con Dios ni tuve días de depresión. En una o dos semanas, fui capaz de retomar mis responsabilidades habituales en el trabajo. Todo eso porque años antes había establecido la práctica de tener un tiempo diario de comunión personal con Dios.

Debería advertir contra el peligro de llegar a ser legalista respecto a nuestro tiempo de comunión con Dios. O sea, no conseguimos bendiciones de Dios porque pasemos este tiempo con Él, ni perdemos su bendición el día que no lo hacemos. El Señor no nos bendice *porque* pasemos tiempo con Él, sino que a menudo nos bendice *por medio de* este tiempo, como hizo conmigo cuando mi esposa estaba a punto de morir.

No debemos esperar que Dios nos hable siempre a través de su Palabra de una forma tan impactante como la que yo experimenté aquel día. Al igual que con las correcciones en la navegación de un barco, las correcciones de rumbo espiritual que Dios hace en nuestras vidas suelen realizarse de forma progresiva y no son especialmente espectaculares. Pero son necesarias.

### **Apropiarse a diario del evangelio**

El segundo elemento esencial es apropiarse del evangelio a diario. He puesto la comunión personal con Dios primero para resaltar su prioridad, porque ese es el elemento básico. Pero en la práctica, pongo la opción de apropiarse del evangelio a diario primero. O sea, empiezo mi tiempo con Dios repasando y apropiándome del evangelio para mí mismo. Como las buenas nuevas solo son para pecadores, llego a Cristo siendo todavía un pecador en la práctica. De hecho, suelo utilizar las palabras de ese recaudador de impuestos en el templo, que gritó: "...¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!" (Lc. 18:13, NVI). Dios ha sido compasivo, y yo estoy listo para reconocer su compasión por mí, pero le digo que voy hacia Él con la actitud de ese recaudador de impuestos. "Necesito tu compasión. Sigo siendo un pecador. Incluso mis mejores obras son pecaminosas a tus ojos, soy objeto de tu misericordia y tu gracia".

Es importante que, ante todo, nos apropiemos del evangelio porque a través de Cristo tenemos acceso a Dios Padre. Pablo dijo en Efesios 2:18: "porque por medio de él los unos y los otros [judíos y gentiles] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre". No podemos ir directamente hacia Dios. Debemos pasar siempre por la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo Dios no solo nos *permite* llegar a Él; además nos *invita* a ir hacia Él. El escritor de Hebreos dice:

Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe... (He. 10:19-22).

Y a medida que nos apropiamos del evangelio, este nos va dando la confianza para ir ante Dios y estar en comunión con Él. Aprendamos a vivir mediante el evangelio cada día.

Al principio de mi vida cristiana, e incluso al principio de mi ministerio, consideraba el evangelio como un mensaje para los no creyentes. Como era cristiano, ya no necesitaba personalmente el evangelio, excepto como mensaje que compartir con los no creyentes. Pero aprendí de la forma más dura hace muchos años que necesitaba el evangelio todos los días de mi vida.

En aquel momento, vivía en el extranjero, y estaba soltero y solo. Además luchaba con algunos temas de relaciones personales. Cada lunes por la noche, dirigía un estudio bíblico en una base de las Fuerzas Aéreas Americanas a una media hora en auto desde donde yo vivía. Y cada lunes por la noche cuando regresaba a casa, Satanás me atacaba con acusaciones de pecado. Desesperado, empecé a recurrir al evangelio. Utilizando una expresión que aprendí años más tarde, empecé a “orar el evangelio para mí”. Y en consecuencia, aprendí que seguía necesitando el evangelio todos los días de mi vida. Por eso he enumerado esta práctica como uno de los cuatro elementos esenciales.

Piensa en las palabras de Gálatas 2:20. El apóstol escribe: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. El contexto de este versículo es el tema de la justificación. En los versículos 15-17, Pablo habla de ser justificado cuatro veces. Dice que no somos justificados por las obras de la ley sino por la fe en Jesucristo, y sigue repitiendo ese pensamiento. Luego en el versículo 21, dice: “No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”. Está claro que en todo este pasaje, versículos 15-21, trata el tema de la justificación. Hablará de la santificación más tarde, pero no en este contexto. La razón por la que digo esto es porque quiero llamar tu atención en particular hacia la última frase del versículo 20: “...y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Recuerda, en este contexto, Pablo está hablando de la justificación, no de la santificación.

Aquí surge lo que parece un problema. Sabemos que la justificación es un evento que tuvo lugar en un momento del pasado. En el preciso instante en que confiaste en Cristo, fuiste declarado justo por Dios. Fuiste justificado. Por eso Pablo en Romanos 5:1 puede hablar de justificación en tiempo pasado, cuando dice: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. No obstante, aquí en este pasaje, habla en presente: “Y lo que *ahora* vivo en la carne”, hoy. La vida que vivo hoy, la vivo “en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Entonces, si la justificación es un evento puntual que sucedió en nuestro pasado, ¿por qué Pablo

habla de ello en presente? La vida que vivo *ahora*, la vivo por la fe en el Hijo de Dios.

La respuesta a esta pregunta es una de las verdades más importantes que podemos aprender del evangelio. Para el apóstol Pablo, la justificación no solo era un *suceso pasado*; también era una *realidad presente*. Esto es lo que no comprenden muchos cristianos. Miran hacia atrás, hacia el momento en que confiaron en Cristo. Y si se los presiona, dirán: “Sí, fui justificado en aquel momento”. Pero en la actualidad, buscan vivir sus vidas como si dependiera de ellos. En su mente, han regresado a una relación mecánica con Dios. Y su línea de pensamiento es: como he tenido mi tiempo de recogimiento con Dios, y no he tenido pensamientos codiciosos y cosas así, espero que Él me bendiga hoy. Queremos pagar a nuestra manera. Queremos ganarnos las bendiciones de Dios. El apóstol Pablo no hizo eso, sino que miró fuera de sí y se vio a sí mismo revestido de la justicia de Cristo. Se vio a sí mismo justificado. A una persona que confía en Cristo, le decimos: “Has sido justificado. Has sido declarado justo. Tus pecados han sido perdonados. Estás ante Dios hoy revestido de la justicia de Jesucristo”. Y después podemos apuntar hacia la eternidad y decir: “Cuando estés con el Señor para siempre, serás revestido de la justicia de Jesucristo”. Incluso aunque hayamos dejado atrás nuestra naturaleza pecadora, aunque seamos personas justas que han llegado a la perfección, como dice el escritor de Hebreos (He. 12:23), estaremos ante la justicia de Cristo por toda la eternidad. Eso no cambia nunca.

Pero ¿qué pasa con el tiempo que transcurre desde nuestra conversión hasta el momento de estar con el Señor? Para la mayoría de los cristianos, se trata de una relación mecánica. Por eso necesitamos apropiarnos diariamente del evangelio, porque por nuestra naturaleza tendemos a ir hacia una relación mecánica. Volviendo a esos días en los que cruzábamos el océano Pacífico, comprobábamos las posiciones de navegación dos veces al día, porque si no lo hacíamos, poco a poco nos alejaríamos de nuestro rumbo. Si no te apropias del evangelio diariamente, te deslizarás hacia una relación mecánica con Dios. Y cuando haces esto, caminarás en una de dos direcciones. Si la idea del pecado en tu vida es superficial —o sea, si crees que el pecado se limita a los grandes delitos que comete la sociedad, ajena a nosotros—, te



diriges hacia un orgullo religioso porque tú no haces esas cosas. Pero si eres consciente y tienes en cuenta esos pecados “respetables”, como el cotilleo, el orgullo, los celos, la envidia, el espíritu crítico y cosas por el estilo, si eres consciente de que están en tu vida y no vives según el evangelio, puedes ir hacia la desesperación. Y a veces los de esta segunda categoría simplemente se relajan porque no pueden soportar la tensión. No pueden diferenciar entre lo que saben que deberían ser y cómo se ven a sí mismos honestamente. Por supuesto, lo que resuelve esta tensión es el evangelio, que nos recuerda que nuestros pecados son perdonados y que estamos revestidos de la justicia de Jesucristo. Al mismo tiempo, lo que nos mantiene alejados del orgullo espiritual es el evangelio, porque una vez más el evangelio es para pecadores. Pero todos somos pecadores, seguimos pecando, incluso cuando se nos ha liberado de la culpa y del dominio del pecado. Sí, esta es la verdad. Y ahora somos llamados *santos*, hemos sido separados. Pero todavía pecamos en pensamiento, palabra, obra, y la mayoría de nosotros en motivo, porque a menudo hacemos lo correcto por una razón equivocada o por una razón contradictoria. Queremos complacer a Dios, pero queremos quedar bien al hacerlo. De esta manera, llegamos ante el Señor y decimos: “Señor, me acerco a ti siendo todavía un pecador, pero miro a Jesucristo y su sangre derramada y su obediencia perfecta, su vida de justicia que me ha sido contado por justicia. Y me veo a mí mismo ante ti revestido de tu justicia”.

Esto te sacará de la cama por la mañana. Eso hará que te emociones con la vida cristiana, cuando te veas revestido de la justicia de Cristo. Y eso te mantendrá alejado del amor al mundo. No se puede amar el evangelio y al mundo a la vez. Apropiarse del evangelio diariamente te mantendrá en el rumbo correcto.

Hace unos cien años, un gran teólogo llamado B. B. Warfield, que era profesor del Seminario Teológico de Princeton, escribió estas palabras: “No hay nada en nosotros o que hayamos hecho nosotros en ninguna etapa de nuestro desarrollo terrenal por lo cual podamos ser aceptables ante Dios”. Warfield está diciendo que nada de lo que hagamos en nosotros mismos nos hará aceptables para Dios. Continúa: “Siempre debemos ser aceptados por medio de Cristo, o no seremos aceptados”. Y sigue, y esto es importante:

Esto es así no solo cuando creemos. Es igual de cierto después de empezar a creer. Y seguirá siendo cierto mientras vivamos. Nuestra necesidad de Cristo no cesa porque empezamos a creer; ni la naturaleza de nuestra relación con Él o con Dios a través de Él se alterará, sean cuales sean nuestros logros de gracia cristiana o en nuestro comportamiento cristiano.

Lo que está diciendo es que no importa cuán santificados lleguemos a ser. No importa lo mucho que maduremos en nuestra vida cristiana. Dice que solo podemos descansar en la sangre de Cristo y en su justicia.

Uno de los pecados con los que me enfrento con más frecuencia es el de la ansiedad; no la ansiedad en general, sino la ansiedad por el retraso del equipaje en los viajes en avión. He tenido tantas malas experiencias con equipajes que no llegan en el mismo vuelo que yo, que ya he dejado de suponer que mi maleta llegará conmigo. Cada vez que voy a buscar equipajes tengo que orar en contra de mi pecado de ansiedad.

Hace algunos años, tras dos experiencias consecutivas realmente malas, le dije a mi esposa: “Tengo que confesar que soy una persona ansiosa”. A la mañana siguiente, durante mi tiempo con Dios, leí Mateo 8. Parte de ese capítulo es el relato de Jesús y sus discípulos cuando se ven atrapados en una gran tormenta en el Mar de Galilea. En el versículo 24, el texto dice que se levantó una tormenta “...tan grande que las olas cubrían la barca; pero *él [o sea, Jesús] dormía*”. Me llamó la atención esa frase en la que se dice que Jesús dormía en medio de una furiosa tormenta, mientras los discípulos estaban aterrorizados.

Mientras meditaba en la escena, me llegó el siguiente pensamiento: *Jesús dormía en la barca por mí*. Con eso quiero decir que todo lo que Él hizo tanto en su vida sin pecado como en su muerte en la que cargaba con el pecado, lo hizo como representante y sustituto nuestro. Su obediencia perfecta, así como su muerte, fue todo por nosotros. En contraste con mi pecado de ansiedad por la pérdida del equipaje, Jesús nunca se mostró ansioso. En circunstancias mucho más desesperadas que las mías, confió en el Padre celestial. Y me fue contado por justicia. Mediante su muerte, Él pagó por el pecado y la culpa de mi ansiedad. Y con su confianza perfecta, me invistió con su justicia.

De esta manera, salí de mi tiempo con Dios aquella mañana sin sentirme culpable por mi persistente lucha con la ansiedad, sino sintiéndome animado porque sabía que mi pecado había sido perdonado y se me había acreditado una obediencia perfecta (en este caso, la confianza perfecta) de Jesús. Así salí a enfrentarme con el día no solo animado, sino también decidido a vencer la ansiedad mediante su gracia.

Esto significa vivir con el evangelio. Por eso necesitamos apropiarnos de él cada día de nuestra vida, porque Dios solo nos acepta a través de Cristo. Nos ve revestidos de la justicia de Cristo, y quiere que nosotros mismos nos veamos revestidos de esa justicia, para que podamos ir hacia Él e intentemos relacionarnos con Él por el mérito del Señor Jesucristo y no por nuestras propias obras. Todos nosotros por nuestra naturaleza pecaminosa somos propensos a basar nuestra relación con Dios en nuestras obras. Y aunque he estado predicando este mensaje durante muchos años, puedo decir honestamente que es demasiado fácil cambiar de dirección debido a nuestra naturaleza humana pecaminosa. Es esta la que cree que debemos de alguna manera ganarnos el favor de Dios trabajando duro o siendo fieles. Claro que queremos ser fieles, queremos trabajar duro, pero no para conseguir la aprobación de Dios, sino porque tenemos la aprobación de Dios. Por lo tanto, la apropiación del evangelio a diario es esencial para perseverar hasta el final.

### **Comprometerse a ser un sacrificio vivo para Dios cada día**

El tercer elemento esencial es comprometerse a ser un sacrificio para Dios diariamente. Y para ello dirijo tu atención hacia Romanos 12:1: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. Reflexionar diariamente en el evangelio y en lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo debería conducirnos a presentarnos diariamente como sacrificios vivos.

Al utilizar la palabra *sacrificio*, Pablo obviamente partía del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento. Esos sacrificios estaban explicados en el libro de Levítico, y todos juntos representaban el único y gran sacrificio del Señor Jesucristo. Tuviera o no Pablo en mente un sacrificio en particular, creo que hay

uno que es el que mejor ayuda a entender lo que el apóstol dice cuando habla de presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo: el holocausto. Creo que el holocausto nos ayuda a entender lo que Pablo escribe, porque hay dos cosas únicas y especiales en el holocausto. Primero, de todas las ofrendas de animales, el holocausto era la única en la que se consumía todo el animal en el altar. En las otras, solo se quemaban ciertas porciones, y las partes que quedaban se reservaban para los sacerdotes y, en algún caso, para el oferente y su familia. Pero en el holocausto, se consumía todo el animal en el altar. Por eso se la denominaba ofrenda del todo quemada. Y significaba no solo sacrificio por el pecado, sino también consagración o dedicación del oferente a Dios. Segundo, los sacerdotes tenían que presentar un holocausto dos veces al día, uno por la mañana y otro por la noche, para que el fuego del altar no se apagara (cp. Lv. 6:8-13). En otras palabras, siempre había un holocausto que se consumía en el altar. Y por eso se le denominaba holocausto continuo. Así que había dos términos descriptivos: ofrenda del todo quemada y holocausto continuo. Y creo que podrás ver fácilmente la aplicación que se puede sacar de eso.

Primero, la ofrenda del todo quemada significa que tenemos que consagrar *todo nuestro ser*, no solo nosotros mismos sino todo lo que tenemos. Todo lo que tenga que ver con nosotros debemos consagrarlo, dedicárselo a Dios, presentárselo como sacrificio. Después la palabra *continuamente* (Lv. 6:13; Heb. 10:1) nos dice que esto debe repetirse siempre, con constancia. Como tenemos tendencia a regresar hacia una relación con Dios basada en las obras, solemos retractarnos de nuestro compromiso con Él. A menudo, en un momento de gran emoción espiritual, podemos decir sincera y honestamente: “Señor, te ofrezco todo mi ser, mi cuerpo, mi mente, mi servicio, mi dinero, todo lo mío, Señor, lo consagro a ti”. Sin embargo, cuando salimos a la calle unas semanas después, nos enfrentamos con un problema, y tendemos a echarnos atrás y nos damos cuenta de que no nos hemos consagrado tanto como pensábamos. La renovación diaria de esta consagración nos ayuda a evitar hacer eso.

La segunda palabra que es significativa en Romanos 12:1 es *presentar*. Pablo ruega que “*presentéis* vuestros cuerpos en sacrificio vivo”. Algunas traducciones utilizan una palabra diferente,

pero cualquiera que sea la que se utilice, la idea es dedicarse o ponerse a disposición de otro.

Hace algunos años, cuando nuestro hijo y nuera esperaban su primer hijo, tenían como único medio de transporte una *pickup*. Mi esposa y yo nos dimos cuenta de que no podían poner una silla de bebé en esa camioneta. Y aunque es ingeniero, nuestro hijo estaba trabajando a media jornada como profesor en la universidad para tener más tiempo para su ministerio con la amplia población musulmana de la zona. Sabíamos que no se podían permitir comprar otro auto, así que decidimos darles uno de nuestros dos coches. Se lo llevamos a su ciudad y llevamos el título de propiedad con nosotros. Cuando llegamos allí, pasamos la titularidad a nuestro hijo y nuera. En ese momento, el vehículo fue legalmente suyo. Se lo presentamos.

Sin embargo, no solo le transferimos el título de propiedad legalmente, también lo hicimos emocionalmente. Es decir, una vez cambiada la titularidad, el automóvil era suyo para que hicieran lo que quisieran con él. Sabíamos que en un año, ellos se mudarían de los Estados Unidos para llevar a cabo su ministerio en el extranjero. Sabíamos que entonces lo venderían y utilizarían lo obtenido para pagar su pasaje. Pero nunca se nos ocurrió pensar: *Cuando vendan el auto, nos tendrán que dar el dinero, después de todo, era nuestro*. Cuando firmamos el cambio de titularidad, no solo hicimos una transacción legal, también hicimos una transacción emocional.

Unos años más tarde, regresaron a casa para un permiso de tres meses. Una vez más, Jane y yo nos dimos cuenta de que necesitarían un vehículo para su estancia allí. Habíamos reemplazado el que les habíamos regalado previamente, así que de nuevo teníamos dos vehículos. Y decidimos que les prestaríamos uno de ellos. Fue mi auto el que les prestamos. Durante esos tres meses, tuve emociones encontradas. Por una parte, estaba feliz de poder proporcionarles el auto que necesitaban. Por otra parte, echaba de menos mi auto porque siempre tenía que ponerme de acuerdo con Jane para utilizar el suyo.

Ciertamente, Dios no nos ha pedido que nos entreguemos en préstamo temporal a Él. Nos pidió que nos presentáramos como sacrificios vivos para utilizarnos a su gusto. El hecho es que, en verdad, esto ya ha sucedido. El apóstol Pablo nos dice en

1 Corintios 6:19-20 que ya no nos pertenecemos, porque fuimos comprados por precio. Pablo quiere que confirmemos en nuestros corazones y en nuestras emociones lo que en realidad ya es cierto, pero lo presenta en forma de apelación. No dice: “Es vuestra obligación hacerlo”. No dice: “No sois vuestros; no tenéis opción en este asunto”. Dice: “... os ruego por las misericordias de Dios...”

Vemos algo similar en la breve carta de Pablo a Filemón. Recordemos la historia. Filemón tenía un esclavo llamado Onésimo. En un momento anterior a esta carta, Onésimo había huido de Filemón y probablemente le había robado. Se había dirigido desde lo que es hoy la moderna Turquía, cruzando Grecia hasta llegar a Italia, y allí se encontró con Pablo en Roma durante el primer encarcelamiento de este. Allí el apóstol lo condujo hacia Cristo y lo discipuló. Sin embargo, Pablo se dio cuenta de que había un problema. Onésimo tenía que arreglar las cosas con Filemón. Así que envió a Onésimo de vuelta a Filemón y también envió con él esta carta, cuyo propósito era pedirle a Filemón que recibiese a Onésimo y lo perdonara por haberse escapado y probablemente por haberle robado también. Y no solo que lo perdonara, sino que lo recibiera como a un hermano. La verdad es que esa era una petición bastante fuerte, por eso Pablo la presenta de la siguiente manera: “Por lo cual, aunque tengo mucha libertad en Cristo para mandarte lo que conviene, más bien te ruego por amor...” (Flm. 8-9). Pablo podría haber dicho: “Filemón, no tienes otra opción. Tu deber cristiano es perdonar y recibir a Onésimo”. Sin embargo, no se dirigió a él de esa manera. Por el contrario, le rogó “por amor”. Quería que Filemón deseara hacer lo que era su deber hacer. No quiso coaccionarlo. Por eso le pidió que hiciese por amor lo que debería hacer por obediencia al mandato de Dios.

De la misma manera, el apóstol Pablo nos ruega a nosotros: “Os ruego por las misericordias de Dios”. ¿Quieres saber cómo es la misericordia de Dios? Lee los cinco primeros versículos de Efesios 2. Estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. Sin esperanza alguna. No solo estábamos enfermos, estábamos muertos. Éramos esclavos del mundo, de Satanás y de las pasiones de nuestra carne. Y por naturaleza, éramos objeto de la ira de Dios. Esa era nuestra condición. Por eso necesitábamos misericordia. Y luego Pablo agrega: “Pero Dios que es rico en misericordia, por su

gran amor con que nos amó... nos dio vida juntamente con Cristo". Eso es la misericordia.

¿Te consideras hoy objeto de la misericordia de Dios? ¿Te das cuenta de que, sin contar con su misericordia irías directo hacia la condenación eterna? Por eso Pablo dice: "Os ruego por las misericordias de Dios".

Presentar nuestros cuerpos como sacrificios vivos no es algo que tachamos de una lista diciendo: "Bueno, ya he hecho eso; es mi deber hacerlo". Debería ser una respuesta espontánea a nuestra adopción del evangelio. Estamos hablando de la comunión con Dios. Estamos hablando de aceptar su amor, su misericordia y su gracia. Y eso lo vemos en el evangelio. El apóstol Juan dijo que Dios nos mostró su amor enviando a su Hijo en sacrificio por nuestros pecados (1 Jn. 4:10); es decir, para aplacar la ira de Dios que tú y yo deberíamos haber experimentado. Cuando adoptamos el evangelio a diario, participamos de su amor, y participar genuinamente de su amor nos llevará a presentar nuestros cuerpos como sacrificios vivos. Pero esto tiene que renovarse cada día. No podemos vivir hoy del compromiso que hicimos ayer.

La manera de presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo será diferente para cada uno de nosotros. Para algunos podría ser reducir su nivel de vida para poder dar más a la obra del reino de Dios. Para nuestro hijo fue aceptar un trabajo menos remunerado para tener más tiempo que dedicarle a su ministerio. Para mí, en aquel tiempo, era estar dispuesto a entregarme continuamente al ministerio que Dios me había dado.

En el momento en el que estoy escribiendo, faltan solo dos semanas para mi cumpleaños número setenta y ocho. Durante los pasados doce años, he volado más de un millón de kilómetros, he pronunciado más de mil mensajes, he escrito varios libros y artículos para revistas cristianas. Confieso que a veces me siento agotado por tanto viaje, por las frecuentes fechas de entrega de mis escritos y la presión de preparar mensajes constantemente. A veces empiezo a compadecerme de mí mismo.

¿Cómo sigo en movimiento? ¿Cómo evito sentir lástima por mí mismo? Todos los días cuando me apropio del evangelio, le digo a Dios: "Soy tu siervo. Gracias a tu misericordia y a la gracia que obras en mí, te presento una vez más mi cuerpo como sacrificio vivo. Si esto significa viajar constantemente y sentir muy a

menudo la presión del tiempo, acepto eso de ti y te agradezco el privilegio de estar en tu ministerio”.

En realidad el versículo de mi vida es Efesios 3:8: “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”. No solo soy un recipiente de la gracia del evangelio; también tengo el privilegio de enseñárselo a otros. Así que a través de mi adopción del evangelio, mi “sacrificio vivo” se convierte en un privilegio. Siento un gran respeto por el privilegio que el Señor me ha dado de enseñar a muchos cristianos que el evangelio no es solo para no creyentes, sino también para que los hijos de Dios lo vivan todos los días.

### **Creer firmemente en la soberanía y el amor de Dios**

El cuarto elemento esencial es creer firmemente en la soberanía y el amor de Dios. Este elemento no contiene la palabra *diariamente*, pero debe practicarse de continuo. Hace años M. Scott Peck escribió un libro, *The Road Less Traveled* [El camino menos transitado], que empieza con estas cuatro palabras: “La vida es difícil”. La mayoría de las personas estaría de acuerdo con esa frase. Cuando se han vivido muchos años, uno se da cuenta de que la vida es difícil —o al menos es difícil a menudo— y a veces incluso es dolorosa. Con el tiempo, uno experimenta tanto las dificultades como el dolor. Así que si quieres perseverar hasta el final, si quieres mantenerte firme ante las dificultades y el dolor, debes creer firmemente en la soberanía y el amor de Dios. No debes limitarte a creer que Él controla absolutamente todo lo que sucede en el universo y específicamente en tu vida, sino que también debes creer que, al ejercer ese control, lo hace por su infinito amor por ti.

Muchos pasajes nos muestran la soberanía y el amor de Dios, de ellos elegí Lamentaciones 3:37-38: “¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó? ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?”. Tomé este pasaje en particular porque el versículo 37 (“¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó?”) afirma la soberanía de Dios sobre las acciones de las personas. Muchos de los dolores de la vida se producen por las acciones pecaminosas de otros. Y si tú no crees que Dios es soberano y controla todas las acciones, entonces es posible que



acabes sintiéndote amargado. Y si te sientes amargado, empezarás a separarte de Dios y no te mantendrás firme. No perseverarás si dejas que las acciones pecaminosas de los demás te conviertan en una persona amargada. Una de las maneras de evitar convertirnos en personas amargadas es darnos cuenta de que Dios tiene el control soberano sobre las acciones pecaminosas.

José es el ejemplo clásico de esto. Tres veces en Génesis 45 (especialmente en los vv. 5-8), luego de darse a conocer a sus hermanos, les dijo que Dios siempre había controlado todo. Por ejemplo: "... no me enviasteis acá vosotros..." (v. 8). Después en Génesis 50:20 dice: "Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien...". José creía en la soberanía del Padre, incluso en las acciones pecaminosas de sus hermanos.

Una vez sufrí una decepción demoledora y humillante en mi trabajo. Ciertamente no se debió a las acciones pecadoras de otros, sino a sus actos irreflexivos y despreocupados. Sucedió un jueves por la tarde, y estaba previsto que yo diera una conferencia de fin de semana, que empezaba el viernes por la noche. ¿Cómo podía recuperarme del daño y la humillación para poder hablar ese viernes?

El viernes por la mañana me desperté con las palabras de Job en la mente: "...Jehová dio, y Jehová quitó..." (Job 1:21). En mi tiempo con Dios esa mañana, pude decir: "Señor, en el pasado me has dado, pero ahora me lo has quitado todo. Lo acepto porque viene de ti". Mis turbulentas emociones se calmaron, fui capaz de hablar en la conferencia como si nada hubiera sucedido. Y nunca me sentí resentido con esas personas, porque creí en el control soberano de Dios sobre sus acciones.

En segundo lugar, tenemos Lamentaciones 3:38 que nos dice: "¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?". Dios tiene el control soberano sobre las dificultades y el dolor al igual que lo tiene sobre las cosas que consideramos buenas, las bendiciones de esta vida. Por eso, deberíamos darle las gracias a Dios por las cosas buenas de la vida. Tenemos que ser agradecidos. Pero ¿qué pasa con las cosas malas, las cosas que no hemos elegido tener? Pablo nos dice en 1 Tesalonicenses 5:18: "Dad gracias en todo —y después añade—, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús". Es decir, la voluntad moral de Dios es que demos las gracias en todas las circunstancias. En la misma carta,

también dice: “La voluntad de Dios es... que se aparten de la inmoralidad sexual” (4:3 NVI); es obvio que está hablando de la voluntad moral de Dios. Pablo utiliza esta misma fraseología cuando dice: “...porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (5:18). Es la voluntad moral de Dios que demos las gracias en todas las circunstancias.

¿Cómo hacemos esto? Lo hacemos por fe. No apretamos los dientes y decimos: “Señor, no me siento agradecido, pero dijiste que tenemos que dar las gracias, así que voy a dar las gracias, aunque no me sienta agradecido”. Esto no es agradecer. Lo hacemos por fe. Lo hacemos confiando en las promesas de Dios. Lo hacemos por fe en las palabras de Dios a través de Pablo en Romanos 8:28-29 cuando dice: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...”. Luego en el versículo 29, define ese *bien* como estar hechos conforme a la imagen del Señor Jesucristo. Esto es lo que busca Dios: conformarnos a la imagen de Cristo. Él permite que vivamos esta clase de circunstancias, que nosotros mismos no elegiríamos. Las trae a nuestra vida porque quiere utilizarlas en su manera de conformarnos cada vez más a la imagen de Cristo. Así por fe podemos decir: “Señor, no sé qué propósito particular tienes con esta dificultad, esta pena o esta prueba, pero dijiste que la usarías para conformarme cada vez más a la imagen de Jesucristo. Por ello te doy las gracias”. Damos las gracias por fe.

También actuamos por fe en su promesa de que nunca nos desamparará ni nos dejará. El escritor de Hebreos cita el Antiguo Testamento cuando dice: “...porque Dios ha dicho: «Nunca te dejaré; jamás te abandonaré»” (13:5 NVI). La palabra *nunca* es una palabra absoluta. No significa a veces o la mayor parte del tiempo; significa nunca. Puedes contar con ello. Dios, que no puede mentir, ha dicho en esencia: “Nunca te dejaré; jamás te abandonaré. Puede que te permita que sufras o te haga pasar por situaciones muy difíciles y dolorosas, pero jamás te abandonaré”. Después podemos mirar hacia adelante a Romanos 8:38-39, un pasaje que se puede resumir diciendo que Dios ha dicho que nada en toda la creación podrá separarnos de su amor en Cristo Jesús.

Es posible que haya momentos en tu vida en los que todo parezca venirse totalmente abajo y pienses que ya no te queda nada. Déjame decirte que hay dos cosas que Dios nunca te quitará. *Dios*

*nunca te quitará el evangelio*. En los días más difíciles, todavía perseverarás ante Dios revestido de la justicia de Cristo. Tus pecados son perdonados. Incluso tus dudas son perdonadas porque Cristo confió completamente en el Padre por ti. Y, segundo, *Dios nunca te quitará sus promesas*. Estas dos seguridades permanecerán, incluso aunque todo lo demás haya desaparecido. Si llegas al punto de estar como Job, puedes contar con esto. Estarás ante Dios revestido de la justicia de Cristo. Él nunca, nunca te privará del evangelio. Y siempre contarás con su promesa: “Nunca te dejaré; jamás te abandonaré”.

### **Conclusión: Perseverar, no solo resistir, hasta el final**

Estos son los cuatro elementos esenciales. Estoy seguro de que hay otras consideraciones importantes, pero creo que estas son fundamentales. Por eso te las recomiendo:

- Pasar un tiempo diariamente en comunión personal con Dios.
- Apropiarse a diario del evangelio.
- Comprometerse a ser un sacrificio vivo para Dios cada día.
- Creer firmemente en la soberanía y el amor de Dios.

Por último, me gustaría añadir otra palabra para meditar en ella cuando pensemos en el tema de ser constantes y resistir hasta el final. Es la palabra *perseverancia*. Esta palabra tiene un significado muy similar a la palabra *resistencia*. *Resistir* significa permanecer firme, y ese es el tema de este libro. Tenemos que permanecer firmes. No debemos dejarnos llevar teológicamente por cada ráfaga de doctrina que surja. No tenemos que ir tras esto y aquello y lo de más allá. Tenemos que mantenernos firmes. Pero, tenemos que hacer algo más que permanecer. Tenemos que ir hacia adelante. Cuando Pablo dice: “...he acabado la carrera...” (2 Ti. 4:7), es obvio que está hablando de movimiento. Y la perseverancia significa seguir avanzando, a pesar de los obstáculos. Así que cuando Pablo dice: “He acabado la carrera”, básicamente está diciendo: “He perseverado”. Necesitamos mantenernos firmes, y las Escrituras nos exhortan a hacerlo una y otra vez. Pero recuerda, eso significa algo más que estar parado. Si entendemos así la idea, nos equivocaremos. Debemos movernos hacia adelante. Debemos perseverar. Debemos ser como Pablo y decir: “He peleado la buena

batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe". Ojalá que tú y yo podamos ser como el apóstol Pablo.

Padre nuestro, volvemos de nuevo a darnos cuenta de que cualquiera de nosotros puede convertirse en Demas, y solo mediante tu gracia podemos mantenernos firmes. Por eso, Padre, reconocemos nuestra total dependencia de ti. Reconocemos estar totalmente endeudados contigo. Y te damos gracias por tu bendición. Pero también, Padre, reconocemos nuestra responsabilidad, y oramos para que por tu gracia nosotros seamos capaces de cumplir con nuestra responsabilidad, practicar estas disciplinas que nos permiten mantenernos firmes y terminar la carrera. En el nombre de Jesús. Amén.